

principio todos los Indios le llamaban el Capitan, y teníanle muy gran temor.

No contento con esto aquel homicida malvado, mas añadiendo maldad á maldad, tuvo temor de aquella su mujer y madre del muerto niño, que se llamaba Tlapaxilotzin, de la cual nunca he podido averiguar si fué bautizada ó no, porque hay cerca de doce años que aconteció hasta ahora que esto escribo, en el mes de Marzo del año de 59. Por este temor que descubriria la muerte de su hijo, la mandó llevar á una su estancia ó granjería, que se dice Quimichocan, no muy lejos de la venta de Teoac, que está en el camino real que va de México al puerto de la Veracruz, y el hijo quedaba enterrado en un pueblo que se dice Atlihuétzia, cuatro leguas de allí y cerca dos leguas de Tlaxcallan: aquí á este pueblo me vine á informar y ví adonde murió el niño y adonde le enterraron, y en este mismo pueblo escribo ahora esto: llámase Atlihuétzia, que quiere decir adonde cae el agua, porque aquí se despeña un rio de unas peñas y cae de muy alto. A los que llevaron á la mujer mandó que la matasen y enterrasen muy secretamente: no he podido averiguar la muerte que le dieron.

La manera con que se descubrieron los homicidios de aquel Acxotecatí fué, que pasando un Español por su tierra, hizo un maltratamiento á unos vasallos de aquel Acxotecatí, y ellos viniéronse á quejar, y él fué con ellos adonde quedaba el Español, y llegado tratóle malamente; y cuando de sus manos se escapó dejándole cierto oro y ropas que traía, pensó que le habia hecho Dios mucha merced, y no se deteniendo mucho en el camino llegó á México, y dió queja á la justicia del maltratamiento que aquel señor indio le habia hecho, y de lo que le habia tomado: y venido mandamiento, prendióle un alguacil español que aquí en Tlaxcallan residia; y como el Indio era de los mas principales señores de Tlaxcallan, despues de los cuatro señores, fué menester que viniese un pesquisidor con poder del que gobernaba en México, á lo cual vino Martin de Calahorra, vecino de México, conquistador, y persona de quien se pudiera bien fiar cualquiera cargo de justicia. Y este hecha su pesquisa y vuelto al Español su oro y ropa, cuando el Acxotecatí pensó que estaba libre, comenzáronse á descubrir ciertos indicios de la muerte del hijo y de la mujer, como parecerá por el proceso que el dicho Martin de Cala-

horra hizo en forma de derecho, aunque algunas cosas mas claramente las manifiestan ahora que entonces, y otras se podrian entonces mejor averiguar, por ser los delitos mas frescos, aunque yo he puesto harta diligencia por no ofender á la verdad en lo que dijere.

Sentenciado á muerte por estos dos delitos y por otros muchos que se le acumularon, el dicho Martin de Calahorra ayuntó los Españoles que pudo para con seguridad hacer justicia, porque tenia temor que aquel Acxotecatí era valiente hombre y muy emparentado, y aunque estaba sentenciado no parecia que tenia temor; y cuando le sacaron que le llevaban á ahorcar iba diciendo: “¿Esta es Tlaxcallan? ¿Y cómo vosotros, Tlaxcaltecas, consentís que yo muera, y no sois para quitarme de estos pocos Españoles?” Dios sabe si los Españoles llevaban temor; pero como la justicia venia de lo alto, no bastó su ánimo, ni los muchos parientes, ni la gran multitud del pueblo, sino que aquellos pocos Españoles le llevaron hasta dejarle en la horca. Luego que se supo adonde el padre le habia enterrado, fué de esta casa un fraile, que se llamaba Fray Andrés de Córdoba, con muchos Indios principales por el cuerpo de aquel niño, que ya habia mas de un año que estaba sepultado, y afirmanme algunos de los que fueron con Fray Andrés de Córdoba, que el cuerpo estaba seco, mas no corrompido.

Dos años despues de la muerte del niño Cristóbal vino aquí á Tlaxcallan un fraile domingo llamado Fray Bernardino Minaya, con otro compañero, los cuales iban encaminados á la provincia de Oaxycac: á la sazón era aquí en Tlaxcallan guardian nuestro padre de gloriosa memoria Fray Martin de Valencia, al cual los padres dominicos rogaron que les diese algun muchacho de los enseñados, para que les ayudase en lo tocante á la doctrina cristiana. Preguntados los muchachos si habia alguno que por Dios quisiese ir á aquella obra, ofreciéronse dos muy bonitos é hijos de personas muy principales; al uno llamaban Antonio; este llevaba consigo un criado de su edad que decian Juan, al otro llamaban Diego; y al tiempo que se querian partir díjoles el padre Fray Martin de Valencia: “Hijos míos, mirad que habeis de ir fuera de vuestra tierra, y vais entre gente que no conoce aun á Dios, y que creo que os veréis en muchos trabajos: yo siento vuestros trabajos como de mis propios hijos, y aun tengo temor que os maten por esos caminos; por eso antes que os determi-

neis miradlo bien." A esto ambos los niños conformes, guiados por el Espíritu Santo respondieron: "Padre, para eso nos has enseñado lo que toca á la verdadera fe; ¿pues cómo no habia de haber entre nosotros quien se ofreciese á tomar trabajo para servir á Dios? Nosotros estamos aparejados para ir con los padres, y para recibir de buena voluntad todo trabajo por Dios; y si él fuere servido de nuestras vidas, ¿por qué no las pondremos por él? ¿No mataron á San Pedro crucificándole, y degollaron á San Pablo, y San Bartolomé no fué desollado por Dios? ¿Pues por qué no moriremos nosotros por él, si él fuese servido?" Entonces, dándoles su bendicion, se fueron con aquellos dos frailes, y llegaron á Tepeyacac, que es casi diez leguas de Tlaxcallan. En aquel tiempo en Tepeyacac no habia monasterio como le hay ahora, mas de que se visitaba aquella provincia desde Huexotzinco, que está otras diez leguas del mismo Tepeyacac, é iba muy de tarde en tarde, por lo cual aquel pueblo y toda aquella provincia estaba muy llena de ídolos, aunque no públicos. Luego aquel padre Fray Bernardino Minaya envió á aquellos niños á que buscasen por todas las casas de los Indios los ídolos y se los trajesen, y en esto se ocuparon tres ó cuatro dias, en los cuales trajeron todos los que podian hallar. Y despues apartáronse mas de una legua del pueblo á buscar si habia mas ídolos en otros pueblos que estaban allí cerca: al uno llamaban Cuauhtinchan, y al otro porque en la lengua española no tiene buen nombre le llaman el pueblo de Orduña, porque está encomendado á un Francisco Orduña. De unas casas de este pueblo sacó aquel niño llamado Antonio unos ídolos, é iba con él el otro su paje llamado Juan: ya en esto algunos señores y principales se habian concertado de matar á estos niños, segun despues pareció; la causa era porque les quebraban los ídolos y les quitaban sus dioses. Vino aquel Antonio con los ídolos que traia recogidos del pueblo de Orduña, á buscar en el otro que se dice Cuautitlan si habia algunos; y entrando en una casa, no estaba en ella mas de un niño guardando la puerta, y quedó con él el otro su criadillo; y estando allí vinieron dos Indios principales con unos leños de encina, y en llegando, sin decir palabra, descargan sobre el muchacho llamado Juan, que habia quedado á la puerta, y al ruido salió luego el otro Antonio, y como vió la crueldad que aquellos sayones ejecutaban en su criado, no huyó, antes con grande ánimo les dijo: "¿Por qué me

matais á mi compañero que no tiene él la culpa, sino yo, que soy el que os quito los ídolos, porque sé que son diablos y no dioses? Y si por ellos los habeis, tomadlos allá, y dejad á ese que no os tiene culpa." Y diciendo esto, echó en el suelo unos ídolos que en la falda traia. Y acabadas de decir estas palabras ya los Indios tenian muerto al niño Juan, y luego descargan en el otro Antonio, de manera que allí tambien le mataron. Y en anocheciendo tomaron los cuerpos, que dicen los que los conocieron que eran de la edad de Cristóbal, y lleváronlos al pueblo de Orduña, y echáronlos en una honda barranca, pensando que echados allí nunca de nadie se pudiera saber su maldad; pero como faltó el niño Antonio, luego pusieron mucha diligencia en buscarlo, y el fraile Bernardino Minaya encargólo mucho á un alguacil que residia allí en Tepeyacac, que se decia Álvaro de Sandoval, el cual con los padres dominicos pusieron grande diligencia; porque cuando en Tlaxcallan se los dieron, habíanles encargado mucho á aquel Antonio, porque era nieto del mayor señor de Tlaxcallan, que se llamó Xicotencatl, que fué el principal señor que recibió á los Españoles cuando entraron en esta tierra, y los favoreció y sustentó con su propia hacienda, porque este Xicotencatl y Maxiscatzin mandaban toda la provincia de Tlaxcallan, y este niño Antonio habia de heredar al abuelo, y así ahora en su lugar lo posee otro su hermano menor que se llama Don Luis Moscoso. Parecieron los muchachos muertos, porque luego hallaron el rastro por do habian ido y adonde habian desaparecido, y luego supieron quién los habia muerto; y presos los matadores, nunca confesaron por cuyo mandado los habian muerto; pero dijeron que ellos los habian muerto, y que bien conocian el mal que habian hecho y que merecian la muerte; y rogaron que los bautizasen antes que no los matasen. Luego fueron por los cuerpos de los niños, y traídos, los enterraron en una capilla adonde se decia la misa, porque entonces no habia iglesia. Sintieron mucho la muerte de estos niños aquellos padres dominicos, y mas por lo que habia de sentir el padre Fray Martín de Valencia, que tanto se los habia encargado cuando se los dió, y parecióles que seria bien enviarle los homicidas y matadores, y diéronlos á unos Indios para que los llevasen á Tlaxcallan. Como el señor de Coatlinchan lo supo y tambien los principales, temiendo que tambien á ellos les alcanzaria parte de la pena, dieron joyas y dádivas de oro

á un Español que estaba en Coatlinchan, porque estorbaba que los presos no fuesen á Tlaxcallan; y aquel Español comunicólo con otro que tenia cargo de Tlaxcallan, y partió con él el interés, el cual salió en el camino é impidieron la ida. Todas estas diligencias fueron en daño de los solicitadores, porque á los Españoles aquel alguacil fué por ellos, y entregados á Fray Bernardino Minaya, pusieron al uno de cabeza en el cepo, y al otro atado, los azotaron cruelmente y no gozaron del oro. A los matadores como se supo luego la cosa en México, envió la justicia por ellos y ahorcaronlos. Al señor de Coatlinchan como no se enmendase, mas añadiendo pecados á pecados, tambien murió ahorcado con otros principales. Cuando Fray Martin de Valencia supo la muerte de los niños que como á hijos habia criado, y que habian ido con su licencia, sintió mucho dolor y llorábalos como á hijos, aunque por otra parte se consolaba en ver que habia ya en esta tierra quien muriese confesando á Dios; pero cuando se acordaba de lo que le habian dicho al tiempo de su partida, que fué: “¿Pues no mataron á San Pedro y á San Pablo, y desollaron á San Bartolomé, pues que nos maten á nosotros no nos hace Dios muy grande merced?” no podia dejar de derramar muchas lágrimas.

CAPÍTULO XV.

De la ayuda que los niños hicieron para la conversion de los Indios, y de cómo se recogieron las niñas indias, y del tiempo que duró, y de dos cosas notables que acontecieron á dos Indias con dos mancebos.

Si estos niños no hubieran ayudado á la obra de la conversion, sino que solos los intérpretes lo hubieran de hacer todo, paréceme que fueran lo que escribió el obispo de Tlaxcallan al Emperador diciendo: “Nos los obispos sin los frailes intérpretes, somos como falcones en muda.” Así lo fueran los frailes sin los niños, y casi de esta manera fué lo que las niñas indias hicieron, las cuales, á lo

menos las hijas de los señores, se recogieron en muchas provincias de esta Nueva España, y se pusieron so la disciplina de mujeres devotas españolas, que para el efecto de tan santa obra envió la Emperatriz, con mandamientos y provisiones para que les hiciesen casas adonde las recogiesen y enseñasen. Esta buena obra y doctrina duró obra de diez años y no mas, porque como estas niñas no se enseñaban mas de para ser casadas, y que supiesen coser y labrar, que tejer todas lo saben, y hacer telas de mil labores; y en las telas, ora sea para mantas de hombres, ora sea para camisas de mujeres, que llaman huipillis, mucha de esta ropa va tejida de colores, porque aunque las llaman los Españoles camisas, son ropas que traen encima de toda la otra ropa, y por esto las hacen muy galanas y de muchas colores, de algodón teñido, ó de pelo de conejo, que es como sirgo ó seda de Castilla, de lo cual tambien hacen camas, mas vistosas que costosas, la cual aunque se lave no recibe detrimento, antes cada vez queda mas blanca, por ser teñida en lana. La seda que en estas partes se hace, aunque hasta ahora es muy poca, es tan fina que aunque la echen en colada fuerte no desdice. La labor que es de algodón no se sufre lavar, porque todo lo que toca mancha, porque el algodón es teñido en hilo. De lana merina de las ovejas hacen muy buenas obras, y los Indios hacen mucho por ella. De toda esta obra labraban aquellas niñas: despues como sus padres vinieron al bautismo no hubo necesidad de ser enseñadas, más de quanto supieron ser cristianas y vivir en la ley de matrimonio. En estos diez años que enseñaron, muchas que entran ya algo mujereillas, se casaban y enseñaban á las otras. En el tiempo que estuvieron recogidas deprendieron la doctrina cristiana y el oficio de Nuestra Señora, el cual decian siempre á sus tiempos y horas, y aun algunas les duró esta buena costumbre despues de casadas, hasta que con el cuidado de los hijos y con la carga de la gobernacion de la casa y familia lo perdieron. Y fué cosa muy de ver en Huexotzinco un tiempo que habia copia de casadas nuevas y habia una devota ermita de Nuestra Señora, á la cual todas ó las mas iban luego de mañana á decir sus horas de Nuestra Señora muy entonadas y muy en orden, aunque ninguna de ellas no sabia el punto del canto. Muchas de estas niñas á las veces con sus maestras, otras veces acompañadas de algunas Indias viejas, que tambien